



Hace un tiempo se anunció el descubrimiento de una obra de Shakespeare de cuya existencia se tenía noticia, pero que se consideraba perdida. Se trata de *Cardenio*, escrita en colaboración con John Fletcher y basada en la célebre historia narrada por Cervantes en el *Quijote* sobre la demencia de los amantes de la Sierra Morena y la locura salvaje del Caballero de la Blanca Flor, el alar ago del melenoso destacador de emblemas.

Hay constancia ya en la edición del *Cardenio* de Shakespeare preparada por el famoso paleógrafo Charles Hamblin, quien descubre que un manuscrito anónimo de la Biblioteca Bodleiana (titulado *The Second Measure's Tragedy*, que había sido atribuido a Thomas Middleton, a Cyril Tourneur y a otros) contiene en realidad la tan buscada *Cardenio*, escrita de pulso y letra del propio Shakespeare. Sin duda la publicación del texto preparado por Hamblin levantará una gran ola de comentarios y críticas, ya que no es un acontecimiento cultural menor el que la península inglesa que creó la literatura del dramaturgo inglés se esfuerza para aceptar una nueva obra después de más de tres siglos de permanecer intacta.

Desde que inició mis investigaciones sobre la mitología del hombre salvaje, europeo me he interesado profundamente en el misterio de la obra perdida de Shakespeare. Considero que la figura romántica de Cardenio representa el más completo de todos los hombres salvajes del Renacimiento. De allí mi enorme interés por conocer la versión de Shakespeare, quien en *La tempestad* nos ha regalado otra gran imagen de un hombre salvaje, bajo cuyo título mítico se esconde viviente Calibán.

Ubo constancia que no tenía muchas esperanzas de satisfacer mis deseos de leer una obra que todos consideraban perdida; por ello me sorprendió enormemente leer en una nota marginal en un diario español — durante un viaje a las Islas Canarias — la noticia de que había sido descubierta el manuscrito de *Cardenio*. Desde ese momento me dedicé a la búsqueda de las referencias a tan sorprendente descubrimiento.

Luego hice un viaje a Londres, donde cada vez que preguntaba sobre el descubrimiento me alababan como si me hubieran vuelto loco, con la excepción de mi amigo Alan Dreyer, con quien comparto la pasión por el mito del hombre salvaje. Por fin me enteré de que el manuscrito sería publicado en facsimil por una pequeña editorial ubicada en Gales.

Me hice diligencia no fue nada sorprendente con la misma investigación detecté una conducta por Charles Hamblin, conocido paleógrafo inglés de Estados Unidos, que ya había logrado establecer que el testimonio de Shakespeare había sido escrito por el mismo. La lectura de esta noticia me ha convencido de que ciertamente nos presenta el verdadero texto del *Cardenio* escrito por Fletcher y Shakespeare, cuya trama proviene del *Quijote* (donde de la historia de Cardenio, encontramos allí también el camino del curioso imperdonable). Pero yo no soy especialista, y así quiero limitar aquí a comentar la manera en que aparece el salvaje cervantino en la versión italiana co-ordinada por Shakespeare.

El salvaje Cardenio

ROGER BARTRA

Ciudad de México

El "Cardenio" de Shakespeare no es una nueva versión del hombre salvaje cervantino. La suya es una locura gélida, de rencor contenido y dosificado, capaz de manipular el cadáver de su amada para convertirlo en una obra de arte mortífera.



Como es sabido, el delirio salvaje de Cardenio —que lo llevará a vivir destituido en la Sierra Morena— es desencadenado porque su amada Lucinda es obligada a casarse con Don Fernando; ella promete matarse con una daga, antes que traicionarse a Cardenio. Pero no se atreve a suicidarse. En la boda acepta entregarse a Don Fernando e inmediatamente después se desmaya. Cardenio, que ha presenciado la escena, luego preso de su furia agresiva, tira la obra de Shakespeare, Lucinda le pide a Cardenio que le mate con su espada antes de ser apuñalada para ser llevada a la cama del rey Fernando, el tirano que ha usurpado el trono que legítimamente debería haber sido de Cardenio.

Cuando intenta matarla, aquí en Cardenio el que se desmaya; ella, que lo cree muerto, exclama: "¡Mi señor! ¡Mi amor! ¡Oh, déjame! ¡Déjame! Se ha ido ante mis ojos. ¡Me han herido así, a mí que en ti confié! ¡Me has dejado todo el trabajo encima, y te escapas, tan silencioso!"

Lucinda, entonces, toma la espada y se suicida. Cardenio, cuando vuelve en sí, con gran frialdad se enfrenta a los esposos de Fernando y les muestra el objeto del amor necrófilo de Fernando: "¡Ahora mismo estoy en la corte, en su propia habitación. Allí me corteja y me respiera, con tanto amor como si la cortejana de la mortalidad estuviera encendida de nuevo en un día fresco; me abraza, y a veces deja el pecho de un beso en mi labio inconsciente, flota al ver mi mejilla pálida; y secrete-

mente oculta a una mano artista circular vida en su rostro para placer de sus ojos lacrimosos".

Tras conocer las intenciones aberrantes del usurpador, Cardenio se distrae de embalsamar y se preocupa ante Don Fernando para controlar el pánico trabajo artístico en el cadáver de su amada. El cuerpo del Lucinda está tendido en una silla, vestido de su terciopelo negro que acentúa su palidez mortecina.

Shakespeare hace de Cardenio un personaje que es momento a momento al de Cervantes: frío, calculador y vengativo, sabe controlar la furia salvaje que lo consume cuando se enfrenta a los despojos carnales de Lucinda, que tanto placer crítico produce en Don Fernando, para pintarlo con los colores de la vida. Cardenio exclama: "¡Oh, cielos, dad paciencia a mi espíritu! ¡Dadme una tarta sobria, se pide, una tarta que no hiera a tal grado en mi sangre que me haga tan gran daño! Me es extraño verla con esta corte cuando ya has partido. ¡Tan ruda hubiese de este mundo para llegar a esto!"

Cardenio ataquilla el rostro del cadáver de Lucinda con pinturas de colores libertinadas con un poderoso veneno. El resultado es tan sorprendente que parece que ha recordado la vida. Después sostiene en pie el cadáver para que el usurpador pueda acercarse a admirarlo, maravillado, besa los labios de la muerta, le hace la el molle de la postrada y se siente mal de inmediato. Cardenio le revela su identidad y el fantasma de Lucinda aparece de nuevo, a

tiempo para ver morir al traidor y declarar de nuevo su amor por Cardenio.

Aunque tiene un encanto dramático indudable, sin duda se trata de una obra menor de Shakespeare. No obstante, es descubrimiento sustento —lo que irritará a muchos— que el genio de Shakespeare mejoró una historia mal contada por Cervantes, que demuestra en ella sus terribles deficiencias como escritor del *Quijote* lo parece una obra larga llena de "balabandera verbal" y carencia su idea en el siglo XVI con el de *La que al viento se fue* en el presente. Hamblin, hay que decirlo, es famoso como paleógrafo y no como crítico literario.

El *Cardenio* de Shakespeare no es una nueva versión del hombre salvaje cervantino. No hay delirio salvaje para su manifestar en furia; como muere los celos, sino la muerte de la bella Lucinda. La suya es una locura gélida, de rencor contenido y dosificado, capaz de manipular el cadáver de su amada para convertirlo en una obra de arte mortífera. No fue capaz de mostrar para impedir su deshonra, pero entregó a hermoso cuerpo muerto a la lascivia de su enemigo. De esta manera recupera el trono, pero puede para siempre a su amante.

Nuestro hombre perdido la memoria de hallar un nuevo Cardenio salvaje, pero parece recordado a un Shakespeare desconocido.

Roger Bartra es crítico literario. Este artículo es parte de la revista mexicana *La Jornada Semanal*.

El salvaje Cardenio [artículo] Roger Bartra.

Libros y documentos

AUTORÍA

Bartra, Roger

FECHA DE PUBLICACIÓN

1995

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El salvaje Cardenio [artículo] Roger Bartra.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile